

La cancha invisible

Si alguna vez pasaste una tarde entera jugando con alguien, sin mirar la hora, entonces sabes lo que voy a decir:

En el juego caben muchas cosas.

Risas, enojos, acuerdos, trampitas, abrazos... y sobre todo, lecciones que no vienen en los libros.

Beto lo sabe bien.



Un sábado en la plaza, un grupo de niños discutía por quién podía jugar fútbol.

—¡Sólo los que ya saben! —decía uno.

—¡Los grandes primero! —gritaba otro.

—¡Tú no, que no haces goles!

Entonces apareció Beto.

Con su pelota. Y con una sonrisa.

—¿Jugamos a otro juego? —preguntó.

—¿Cómo cuál? —respondieron desconfiados.

Y propuso "La Cancha Invisible".

Reglas simples: cada vez que alguien quedaba fuera... se cambiaba el juego para que todos pudieran volver a entrar. Si uno se caía, todos paraban. Si alguien nunca tocaba la pelota, se cambiaba la posición. Si alguien no quería jugar, podía arbitrar o inventar un nuevo reto.

Al principio parecía un caos. Pero al rato, nadie se quedó fuera.

Se reían. Se cuidaban. Se esperaban.

Y jugaron tanto que se olvidaron de quién ganaba.

Una mamá que observaba desde lejos le preguntó a Beto:

—¿Qué clase de juego es ese?

—Es uno donde todos pueden aprender —dijo—.

Porque cuando jugamos juntos... aprendemos a convivir.
Y yo, desde mi banco en la sombra, anoté en mi cuaderno:
"Beto no necesita reglas para enseñar. Solo una pelota... y un corazón gigante."

Amatu

La alerta invisible

Aunque confieso que me llevo mejor con los libros que con los robots, hay alguien que me enseñó que la tecnología también puede tener alma.

Esa es DEXTI.



Un día, en la Escuela Verde, hicieron una actividad de "espacios comunes". Cada grupo debía crear una maqueta de una ciudad ideal. Algunos se enfocaron en los parques, otros en edificios.

El grupo de DEXTI creó una plaza digital: paneles solares, basureros inteligentes, bebederos para mascotas... y sensores de ruido.

-¿Sensores? -preguntó la profesora.

-Sí -respondió DEXTI-. Para saber cuándo un espacio se empieza a volver incómodo para los demás.

Luego explicó:

-A veces no notamos que estamos contaminando, haciendo ruido, dejando cosas sucias... Pero si queremos compartir el mundo, tenemos que cuidarlo juntos.

Pero MaCoRu les hizo un gesto sutil: calma. Respeto.

Y al final, cuando ganaron por un punto, no hubo saltos ni gritos.

Solo una sonrisa. Y una mano extendida.

Clara se sorprendió.

-¿No te cae mal lo que dije?

-No me sirve ganarte si eso te deja sintiéndote sola -respondió MaCoRu-.

Tratar bien es mi estrategia. Siempre gana a largo plazo.
Desde ese día, Clara cambió. No de un momento a otro.
Pero algo germinó.
Y hoy, ambas trabajan juntas en un proyecto para enseñar
ajedrez en barrios sin acceso a actividades.
Porque sí: la mejor estrategia... fue el buen trato.

Amatu